

**EL RAYO QUE NO CESA.**  
*Por Miguel Hernández (1934-1935)*

*Cortesía de: Daniel Vargas*

*A ti sola, en cumplimiento de una promesa  
que habrás olvidado como si fuera tuya.*

1

Un carnívoro cuchillo  
de ala dulce y homicida  
sostiene un vuelo y un brillo  
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado  
fulgentemente caído,  
picotea mi costado  
y hace en él un triste nido.

Mi sien, florido balcón  
de mis edades tempranas,  
negra está, y mi corazón,  
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud  
del rayo que me rodea,  
que voy a mi juventud  
como la luna a mi aldea.

Recojo con las pestañas  
sal del alma y sal del ojo  
y flores de telarañas  
de mis tristezas recojo.

¿A dónde iré que no vaya  
mi perdición a buscar?  
Tu destino es de la playa  
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor  
de huracán, amor o infierno  
no es posible, y el dolor  
me hará a mi pesar eterno.

Pero al fin podré vencerte,  
ave y rayo secular,  
corazón, que de la muerte  
nadie ha de hacerme dudar.

Sigue, pues, sigue cuchillo,  
volando, hiriendo. Algún día

se pondrá el tiempo amarillo  
sobre mi fotografía.

2

¿No cesará este rayo que me habita  
el corazón de exasperadas fieras  
y de fraguas coléricas y herreras  
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita  
de cultivar sus duras cabelleras  
como espadas y rígidas hogueras  
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:  
de mí mismo tomó su procedencia  
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota  
y sobre mí dirige la insistencia  
de sus lluviosos rayos destructores.

3

Guiando un tribunal de tiburones,  
como con dos guadañas eclipsadas,  
con dos cejas tiznadas y cortadas  
de tizar y cortar los corazones,

en el mío has entrado, y en él pones  
una red de raíces irritadas,  
que avariciosamente acaparadas  
tiene en su territorio sus pasiones.

Sal de mi corazón, del que me has hecho  
un girasol sumiso y amarillo  
al dictamen solar que tu ojo envía:

un terrón para siempre insatisfecho,  
un pez embotellado y un martillo  
harto de golpear en la herrería.

4

Me tiraste un limón, y tan amargo  
con una mano cálida, y tan pura,  
que no menoscabó su arquitectura  
y probé su amargura sin embargo.

Con el golpe amarillo, de un letargo

dulce pasó a una ansiosa calentura  
mi sangre, que sintió una mordedura  
de una punta de seno duro y largo.

Pero al mirarte y verte la sonrisa  
que te produjo el limonado hecho,  
a mi voraz malicia tan ajena,

se me durmió la sangre en la camisa,  
y se volvió el poroso y áureo pecho  
una picuda y deslumbrante pena.

5

Tu corazón, una naranja helada  
con un dentro sin luz de dulce miera  
y una porosa vista de oro: un fuera  
venturas prometiendo a la mirada.

Mi corazón, una febril granada  
de agrupado rubor y abierta cera,  
que sus tiernos collares te ofreciera  
con una obstinación enamorada.

¡Ay, qué acometimiento de quebranto  
ir a tu corazón y hallar un hielo  
de irreductible y pavorosa nieve!

Por los alrededores de mi llanto  
un pañuelo sediento va de vuelo  
con la esperanza de que en él lo abreve.

6

Umbrío por la pena, casi bruno,  
porque la pena tizna cuando estalla,  
donde yo no me hallo no se halla  
hombre más apenado que ninguno.

Sobre la pena duermo solo y uno,  
pena es mi paz y pena mi batalla,  
perro que ni me deja ni se calla,  
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

Cardos y penas llevo por corona,  
cardos y penas siembran sus leopardos  
y no me dejan bueno hueso alguno.

No podrá con la pena mi persona  
rodeada de penas y cardos:  
¡cuánto penar para morirse uno!

7

Después de haber cavado este barbecho  
me tomaré un descanso por la grama  
y beberé del agua que en la rama  
su esclava nieve aumenta en mi provecho.

Todo el cuerpo me huele a recién hecho  
por el jugoso fuego que lo inflama  
y la creación que adoro se derrama  
a mi mucha fatiga como un lecho.

Se tomará un descanso el hortelano  
y entretendrá sus penas combatiendo  
por el salubre sol y el tiempo manso.

Y otra vez, inclinado cuerpo y mano,  
seguirá ante la tierra perseguido  
por la sombra del último descanso.

8

Por tu pie, la blancura más bailable,  
donde cesa en diez partes tu hermosura,  
una paloma sube a tu cintura,  
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable  
del nácar en ridícula estrechura,  
y donde va tu pie va la blancura,  
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,  
arena y mar me arrimo y desarrimo  
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya  
por la voz amorosa del racimo:  
pisa mi corazón que ya es maduro.

9

Fuera menos penado si no fuera  
nardo tu tez para mi vista, nardo,  
cardo tu piel para mi tacto, cardo,  
tuera tu voz para mi oído, tuera.

Tuera es tu voz para mi oído, tuera,  
y ardo en tu voz y en tu alrededor ardo,  
y tardo a arder lo que a ofrecerte tardo  
miera, mi voz para la tuya miera.

Zarza es tu mano si la tiento, zarza,  
ola tu cuerpo si la alcanzo, ola,  
cerca una vez pero un millar no cerca.

Garza es mi pena, esbelta y triste garza,  
sola como un suspiro y un ay, sola,

terca en su error y en su desgracia terca.

10

Tengo estos huesos hechos a las penas  
y a las cavilaciones estas sienes:  
pena que vas, cavilación que vienes  
como el mar de la playa a las arenas.

Como el mar de la playa a las arenas,  
voy en este naufragio de vaivenes,  
por una noche oscura de sartenes  
redondas, pobres, tristes y morenas.

Nadie me salvará de este naufragio  
si no es tu amor, la tabla que procuro,  
si no es tu voz, el norte que pretendo.

Eludiendo por eso el mal presagio  
de que ni en ti siquiera habré seguro,  
voy entre pena y pena sonriendo.

11

Te me mueres de casta y de sencilla:  
estoy convicto, amor, estoy confeso  
de que, raptor intrépido de un beso,  
yo te libé la flor de la mejilla.

Yo te libé la flor de la mejilla,  
y desde aquella gloria, aquel suceso,  
tu mejilla, de escrúpulo y de peso,  
se te cae deshojada y amarilla.

El fantasma del beso delincuente  
el pómulo te tiene perseguido,  
cada vez más patente, negro y grande.

Y sin dormir estás, celosamente,  
vigilando mi boca ¡con qué cuidado!  
para que no se vicie y se desmande.

12

Una querencia tengo por tu acento  
una apetencia por tu compañía  
y una dolencia de melancolía  
por la ausencia del aire de tu viento.

Paciencia necesita mi tormento,  
urgencia de tu garza galanía,  
tu clemencia solar mi helado día,  
tu asistencia la herida en que lo cuento.

¡Ay querencia, dolencia y apetencia!:

tus sustanciales besos, mi sustento,  
me faltan y me muero sobre mayo.

Quiero que vengas, flor, desde tu ausencia.  
a serenar la sien del pensamiento  
que desahoga en mí su eterno rayo.

13

Mi corazón no puede con la carga  
de su amorosa y lóbrega tormenta  
y hasta mi lengua eleva la sangrienta  
especie clamorosa que lo embarga.

Ya es corazón mi lengua lenta y larga,  
mi corazón y es lengua larga y lenta...  
¿Quieres contar sus penas? Anda y cuenta  
los dulces granos de la arena amarga.

Mi corazón no puede más de triste:  
con el flotante espectro de un ahogado  
vuela en la sangre y se hunde sin apoyo.

Y ayer, dentro del tuyo, me escribiste  
que de nostalgia tienes inclinado  
medio cuerpo hacia mí, medio hacia el hoyo.

14

Silencio de metal triste y sonoro,  
espadas congregando con amores  
en el final de huesos destructores  
de la región volcánica del toro.

Una humedad de femenino oro  
que olió puso en su sangre resplandores,  
y refugió un bramido entre las flores  
como un huracanado y vasto lloro.

De amorosas y cálidas cornadas  
cubriendo está los trebolares tiernos  
con el dolor de mil enamorados.

Bajo su piel las furias refugiadas  
son en el nacimiento de sus cuernos  
pensamientos de muerte edificados.

15

Me llamo barro aunque Miguel me llame.  
Barro es mi profesión y mi destino  
que mancha con su lengua cuanto lame.

Soy un triste instrumento del camino.

Soy una lengua dulcemente infame  
a los pies que idolatro desplegada.

Como un nocturno buey de agua y barbecho  
que quiere ser criatura idolatrada,  
embisto a tus zapatos y a sus alrededores,  
y hecho de alfombras y de besos hecho  
tu talón que me injuria beso y siembro de flores.

Coloco relicarios de mi especie  
a tu talón mordiente, a tu pisada,  
y siempre a tu pisada me adelanto  
para que tu impasible pie desprecie  
todo el amor que hacia tu pie levanto.

Más mojado que el rostro de mi llanto,  
cuando el vidrio lanar del hielo bala,  
cuando el invierno tu ventana cierra  
bajo a tus pies un gavilán de ala,  
de ala manchada y corazón de tierra  
Bajo a tus pies un ramo derretido  
de humilde miel pataleada y sola,  
un despreciado corazón caído  
en forma de alga y en figura de ola.

Barro en vano me invisto de amapola,  
barro en vano vertiendo voy mis brazos,  
barro en vano te muerdo los talones,  
dándole a malheridos aletazos  
sapos como convulsos corazones.

Apenas si me pisas, si me pones  
la imagen de tu huella sobre encima,  
se despedaza y rompe la armadura  
de arrope bipartido que me ciñe la boca  
en carne viva y pura,  
pidiéndote a pedazos que la oprima  
siempre tu pie de liebre libre y loca.

Su taciturna nata se arracima,  
los sollozos agitan su arboleda  
de lana cerebral bajo tu paso.  
Y pasas, y se queda  
incendiando su cera de invierno ante el ocaso,  
mártir, alhaja y pasto de la rueda.

Harto de someterse a los puñales  
circulantes del carro y la pezuña,  
teme del barro un parto de animales  
de corrosiva piel y vengativa uña.

Teme que el barro crezca en un momento,  
teme que crezca y suba y cubra tierna,  
tierna y celosamente  
tu tobillo de junco, mi tormento,  
teme que inunde el nardo de tu pierna  
y crezca más y ascienda hasta tu frente.

Teme que se levante huracanado  
del bando territorio del invierno  
y estalle y truene y caiga diluviado  
sobre tu sangre duramente tierno.

Teme un asalto de ofendida espuma  
y teme un amoroso cataclismo.

Antes que la sequía lo consuma  
el barro ha de volverte de lo mismo.

16

Si la sangre también, como el cabello,  
con el dolor y el tiempo encaneciera,  
mi sangre, roja hasta el carbunclo, fuera  
pálida hasta el temor y hasta el destello.

Desde que me conozco me querello  
tanto de tanto andar de fiera en fiera  
sangre, y ya no es mi sangre una nevera  
porque la nieve no se ocupa de ello.

Si el tiempo y el dolor fueran de plata  
surcada como van diciendo quienes  
a sus obligatorias y verdugas

reliquias dan lugar, como la nata,  
mi corazón tendría ya las sienes  
espumosas de canas y de arrugas.

17

El toro sabe al fin de la corrida,  
donde prueba su chorro repentino,  
que el sabor de la muerte es el de un vino  
que el equilibrio impide de la vida.

Respira corazones por la herida  
desde un gigante corazón vecino,  
y su vasto poder de piedra y pino  
cesa debilitado en la caída.

Y como el toro tú, mi sangre astada,  
que el cotidiano cáliz de la muerte,  
edificado con un turbio acero,

vierte sobre mi lengua un gusto a espada  
diluida en un vino espeso y fuerte  
desde mi corazón donde me muero.

18



Ya de su creación, tal vez, alhaja  
algún sereno aparte campesino  
el algarrobo, el haya, el roble, el pino  
que ha de dar la materia de mi caja.

Ya, tal vez, la combate y trabaja  
el talador con ímpetu asesino  
y, tal vez, por la cuesta del camino  
sangrando subre y resonando baja.

Ya, tal vez, la reduce a geometría,  
a pliegos aplanados quien apresta  
el último refugio a todo vivo.

Y cierta y sin *tal vez*, la tierra umbría  
desde la eternidad está dispuesta  
a recibir mi adiós definitivo.

19

Yo sé que ver y oír a un triste enfada  
cuando se viene y va de la alegría  
como un mar meridiano a una bahía,  
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada todo es nada  
para lo que me queda todavía  
que sufrir, el rigor de esta agonía  
de andar de este cuchillo a aquella espada.

Me callaré, me apartaré si puedo  
con mi constante pena, instante, plena,  
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,  
pero me voy, desierto y sin arena:  
adiós, amor, adiós, hasta la muerte.

20

No me conformo, no: me desespero  
como si fuera un huracán de lava  
en el presidio de una almendra esclava  
o en el penal colgante de un jilguero.

Besarte fue besar un avispero  
que me clama al tormento y me desclava  
y cava un hoyo fúnebre y lo cava  
dentro del corazón donde me muero.

No me conformo, no: ya es tanto y tanto  
idolatrar la imagen de tu beso  
y perseguir el curso de tu aroma.

Un enterrado vivo por el llanto,  
una revolución dentro de un hueso,

un rayo soy sujeto a una redoma.

21

¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria del privilegio aquel, de aquel aquello que era, almenadamente blanco y bello, una almena de nata giratoria?

Recuerdo y no recuerdo aquella historia de marfil expirado en un cabello, donde aprendió a ceñir el cisne cuello y a vocear la nieve transitoria.

Recuerdo y no recuerdo aquel cogollo de estrangulable hielo femenino como una lacteada y breve vía.

Y recuerdo aquel beso sin apoyo que quedó entre mi boca y el camino de aquel cuello, aquel beso y aquel día.

22

Vierto la red, esparzo la semilla entre ovas, aguas, surcos y amapolas, sembrando a secas y pescando a solas de corazón ansioso y de mejilla.

Espero a que recaiga en esta arcilla la lluvia con sus crines y sus colas, relámpagos sujetos a olas desesperando espero en esta orilla.

Pero transcurren lunas y más lunas, aumenta de mirada mi deseo y no crezco en espigas o en pescados.

Lunas de perdición como ningunas, porque sólo recojo y sólo veo piedras como diamantes eclipsados.

23

Como el toro he nacido para el luto y el dolor, como el toro estoy marcado por un hierro infernal en el costado y por varón en la ingle con un fruto.

Como el toro la encuentra diminuto todo mi corazón desmesurado, y del rostro del beso enamorado, como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,

la lengua en corazón tengo bañada  
y llevo al cuello un vendaval sonoro.

Como el toro te sigo y te persigo,  
y dejas mi deseo en una espada,  
como el toro burlado, como el toro.

24

Fatiga tanto andar sobre la arena  
descorazonadora de un desierto,  
tanto vivir en la ciudad de un puerto  
si el corazón de barcos no se llena.

Angustia tanto el son de la sirena  
oído siempre en un anclado huerto,  
tanto la campanada por el muerto  
que en el otoño y en la sangre suena,

que un dulce tiburón, que una manada  
de inofensivos cuernos recentales,  
habitándome días, meses y años,

ilustran mi garganta y mi mirada  
de sollozos de todos los metales  
y de fieras de todos los tamaños.

25

Al derramar tu voz su mansedumbre  
de miel bocal, y al puro bamboleo,  
en mis terrestres manos el deseo  
sus rosas pone al fuego de costumbre.

Exasperado llego hasta la cumbre  
de tu pecho de isla, y lo rodeo  
de un ambicioso mar y un pataleo  
de exasperados pétalos de lumbre.

Pero tú te defiendes con murallas  
de mis alteraciones codiciosas  
de sumergirse en tierras y océanos.

Por piedra pura, indiferente, callas:  
callar de piedra, que otras y otras rosas  
me pones y me pones en las manos.

26

Por una senda van los hortelanos,  
que es la sagrada hora del regreso,  
con la sangre injuriada por el peso  
de inviernos, primaveras y veranos.

Vienen de los esfuerzos sobrehumanos  
y van a la canción, y van al beso,  
y van dejando por el aire impreso  
un olor de herramientas y de manos.

Por otra senda yo, por otra senda  
que no conduce al beso aunque es la hora,  
sino que merodea sin destino.

Bajo su frente trágica y tremenda,  
un toro solo en la ribera llora  
olvidando que es toro y masculino.

27

Lluviosos ojos que lluviosamente  
me hacéis penar: lluviosas soledades,  
balcones de las rudas tempestades  
que hay en mi corazón adolescente.

Corazón cada día más frecuente  
en para idolatrar criar ciudades  
de amor que caen de todas mis edades  
babilónicamente y fatalmente.

Mi corazón, mis ojos sin consuelo,  
metrópolis de atmósfera sombría  
gastadas por un río lacrimoso.

Ojos de ver y no gozar el cielo,  
corazón de naranja cada día,  
si más envejecido, más sabroso.

28

La muerte, toda llena de agujeros  
y cuernos de su mismo desenlace,  
bajo una piel de toro pisa y paca  
un luminoso prado de toreros.

Volcánicos bramidos, humos fieros  
de general amor por cuanto nace,  
a llamaradas echa mientras hace  
morir a tranquilos ganaderos.

Ya puedes, amorosa fiera hambrienta,  
pastar mi corazón, trágica grama,  
si te gusta lo amargo de su asunto.

Un amor hacia todo me atormenta  
como a ti, y hacia todo se derrama  
mi corazón vestido de difunto.

29

*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como el rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería.)*

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas,  
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento,  
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.

*(10 de enero de 1936)*

#### SONETO FINAL

Por desplumar arcángeles glaciales,  
la nevada liliál de esbeltos dientes  
es condenada al llanto de las fuentes  
y al desconsuelo de los manantiales.

Por difundir su alma en los metales,  
por dar el fuego al hierro sus orientes,  
al dolor de los yunques inclementes  
lo arrastran los herreros torrenciales.

Al doloroso trato de la espina,  
al fatal desaliento de la rosa  
y a la acción corrosiva de la muerte

arrojado me veo, y tanta ruina  
no es por otra desgracia ni por otra cosa  
que por quererte y sólo por quererte.